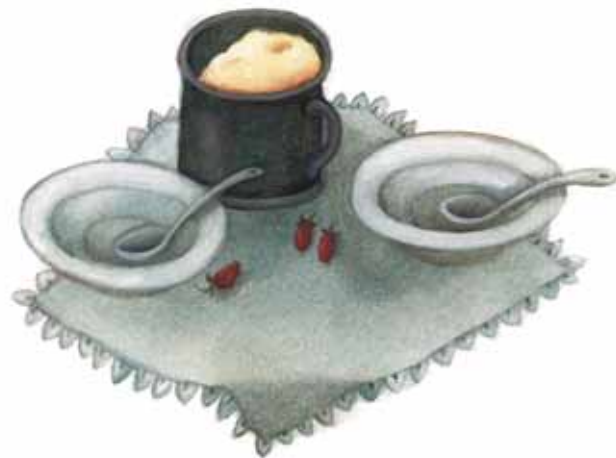


ÍNDICE



© Vitalis, 2020
Las ilustraciones de esta edición
son obra de Lucie Müllerová.
Traducción de Xavier Frías Conde.
Editado en la Unión Europea.
Todos los derechos reservados.
ISBN 978-3-89919-788-4
www.vitalis-verlag.com

INTRODUCCIÓN	7
LA PRINCESA NEGRA	9
(de Božena Němcová)	
LAS TRES HILANDERAS	23
(de Karel Jaromír Erben)	
LA COLINA DE ORO	31
(de Božena Němcová)	
EL DIABLO Y CATIA	51
(de Božena Němcová)	
LA PRINCESA LISTA	59
(de Božena Němcová)	
EL AVE ARDIENTE Y LA RAPOSA FOGOSA	67
(de Karel Jaromír Erben)	
LARGO, ANCHO Y BUENAVISTA	87
(de Karel Jaromír Erben)	
LA PRINCESA DE LA ESTRELLA DE ORO EN LA FRENTE	96
(de Božena Němcová)	
¡OLLA, PONTE A COCER!	111
(de Karel Jaromír Erben)	

mano de su hijo y que se convertiría en reina.

—Conque, ¿cómo no voy a llorar —dijo la muchacha—, si no voy a acabar esto ni el día que me muera?

Las ancianas le dijeron sonriendo:

—¿Sabes una cosa, señorita? Si nos prometes que nos invitarás a tu boda, que nos sentarás a la mesa junto a ti y que no te avergonzarás de nosotras ante tus invitados, te hilaremos todo este lino antes de que te des cuenta.

—Haré todo cuanto queráis —respondió Ludmila esperanzada—. Solo os pido que os apresuréis.

Entonces entraron las tres ancianas en la habitación, mandaron a Ludmila a la cama y se pusieron a hilar aquel lino precioso. La del pulgar enorme estiraba el hilo, la del labio colgante lo chupaba y lo alisaba y la del pie aplastado movía el pedal y hacía las madejas.

Todo había ido a pedir de boca. Por eso, cuando al amanecer Ludmila se levantó, enseguida vio una pila enorme de hilo bonito, estirado y fino en las bobinas. Su corazón saltó de alegría al ver el hueco que había dejado el lino ya hilado, tanto que podría esconderse en él. Las ancianas se despidieron de Ludmila, prometiéndole que regresarían de noche y salieron silenciosas por la ventana.

A mediodía vino la reina a comprobar si Ludmila seguía estando ociosa. Cuando descubrió aquel



amaba y sabía que él había hecho todo aquello solo por el amor que sentía por ella.

—No estés triste y no te lamente, que no lo note nadie. Seremos felices y cuando llegue el diablo esta noche, tú solo mándamelo. Para entonces, ya se me habrá ocurrido algo.

Jorge se sentía como si hubiera vuelto a nacer. Todo el peso de sus espaldas se había esfumado. Pasó el resto del día con su mujer y sus hijos, como si nunca hubiera pasado nada. Al llegar la noche, a la hora marcada, vino el diablo.

—¿Qué se te ha ocurrido para hoy? —preguntó al príncipe.

—Vete donde mi mujer, que ella te dirá lo que quiere. Yo ya no sé qué pedirte.

El diablo fue a la alcoba de la princesa, que ya lo estaba esperando.

—¿Eres tú el diablo que se quiere llevar consigo a mi marido?

—Sí.

—Entonces, ¿podría yo elegir cualquier deseo en vez de él?

—Sí.

—Si no lo consigues, ¿perderás todo derecho sobre él?

—Eso es.

—Bueno, pues acércate y quítame tres cabellos de la cabeza, pero no pueden ser ni más ni menos, sin que yo lo note.

El diablo se enfurruñó, se acercó a la mujer, agarró tres cabellos y se los arrancó. Pero la mujer gritó:

—Ya te has ganado un punto negativo. Te dije que no tenía que notarlo. Pero está bien, te lo perdono. Ahora coge estos tres cabellos y mídelos.

El diablo se los midió y la mujer le dijo:

—Ahora haz que cada cabello aumente dos codos, pero no los puedes empalmar, sino alargar cada uno. Ya sabes, que cada cabello mida dos codos.

El diablo se quedó mirando los cabellos, pero no sabía cómo hacerlo, así que pidió a la princesa que le permitiese llevarse los cabellos al infierno para pedir consejo a sus demonios ayudantes. La princesa se lo permitió y el diablo desapareció con los cabellos.

Después de llegar al infierno, llamó a todos los demonios ayudantes. Colocó los cabellos en una mesa delante de Lucifer y dijo lo que había que hacer con ellos.

—Esta vez has perdido, listillo —le dijo el señor de los infiernos—. Te ha vencido alguien más astuto que tú. ¿Qué hacer con los cabellos? Si se estiran, se rompen; si los golpeas, se deshacen; si los metemos en el fuego, se queman. No te queda más remedio que volver y, en vez de cabellos, llevar el pacto.

—Yo no vuelvo, que es capaz de complicarme la vida.

—¿Por qué no pones más atención? Anda, ve y devuelve lo que ya no te pertenece.

El diablo tuvo que recoger el documento del pacto para devolvérselo a su propietario. Voló hasta el castillo, pero tenía miedo de entrar. Se quedó esperando junto a la ventana, a la espera de que el príncipe le abriese. Cuando eso ocurrió, lanzó el documento en la alcoba y desapareció.

Jorge lo recogió con una alegría indescriptible y salió corriendo al encuentro de su mujer, quien ya sabía cómo acabaría todo. Dieron gracias a Dios por haberlos salvado del peligro. Desde entonces, vivieron felices y contentos hasta el día de su muerte.



muchos sirvientes para que se ocupasen de ella. El viejo rey enfermo vio el ave Ardiente y preguntó a sus hijos por el hermano menor.

—No tenemos noticias de él —respondieron los hermanos—. Quizás haya muerto por ahí.

El padre se apenó profundamente. El ave Ardiente no cantaba, el caballo

Crindoro se pasaba el día con la cabeza agachada y Cabelloodoro no decía palabra, ni se peinaba sus cabellos de oro, y todo el tiempo lloraba y lloraba.

Mientras tanto, el príncipe yacía despedazado en el bosque. Hasta él acudió corriendo la raposa Fogosa, quien recogió todos los trozos y los recompuso. Habría querido resucitar



al príncipe, pero no podía. Entonces vio una corneja con dos crías que sobrevolaban el cuerpo. Se escondió bajo un arbusto y, cuando una de las crías de la corneja se sentó sobre el cuerpo para comérselo, la raposa Fogosa saltó sobre ella, la aprisionó por un ala y fingió que la iba a partir por la mitad. La madre corneja, muerta de miedo, se acercó y se posó en un arbusto, desde donde dijo a la raposa Fogosa:

—¡Cra, cra, cra! Suelta a mi pobre polluelo, que no te ha hecho ningún mal. Te lo recompensaré cuando te haga falta.

—Justo ahora me hace falta —dijo la raposa Fogosa—. Si me traes del mar negro el agua viva y el agua muerta, soltaré a tu hijo.

La corneja prometió que traería aquello y partió. Voló durante tres días y tres noches. Cuando regresó, traía dos vejigas de pez llenas de agua. En una había agua viva y en la otra, agua muerta. La raposa Fogosa recogió las vejigas y partió al polluelo de corneja por la mitad. Después juntó ambas partes y las roció con agua muerta. Al instante, ambas mitades se soldaron. Luego lo roció con agua viva y la cría comenzó a agitar las alas y huyó volando. A continuación roció con el agua muerta los trozos del cuerpo del príncipe y enseguida volvió a estar todo unido, sin cicatriz alguna. Luego lo roció con el agua viva y el príncipe despertó, como si saliera de un sueño. Se levantó y dijo:

—¡Uf, cuán profundamente he dormido!

—De verdad que sí —le dijo la raposa Fogosa—. De no ser por mí, no te habrías despertado nunca. ¿Acaso no te había avisado de que no debías detenerte, e ir directamente a casa?

Luego le contó todo lo sucedido y lo acompañó hasta el borde del bosque, cerca del castillo de su padre. Antes de irse, aún le dio ropas de campesino. Luego se despidió y se fue.

El príncipe fue al castillo y pidió trabajo en los establos. Nadie lo reconoció. Entonces escuchó a dos mozos de cuadra que conversaban entre sí:

—¡Qué pena da aquel caballo Crindoro! Se va a morir. No hace más que tener la testuz gacha y no come nada.

—Dadme paja de guisantes —dijo el príncipe— y os apuesto que comerá enseguida.

—¡Ja, ja, ja! —se rieron los mozos—. Esa bazofia no se la comen ni los caballos de tiro.

Pero el príncipe fue y cogió un poco de esa paja de guisantes y se la echó al caballo en el pesebre de mármol. Luego lo acarició en las crines de oro y le dijo:

—¿Cómo es que estás tan triste, mi querido Crindoro?

—El caballo reconoció la voz de su señor, se puso a dar brincos de alegría y a resoplar y relinchar de alegría. Luego se puso a comer.

instante todas las demás imágenes desaparecieron.

Cuando regresó junto al padre, contó a este lo ocurrido y cuál era la muchacha que había elegido. El padre se entristeció. Pensativo dijo a su hijo:

—Has hecho mal, pues has descubierto lo que estaba cubierto. Te has puesto en gran peligro. Aquella muchacha está en poder de un malvado nigromante, presa en un castillo de hierro. De todos cuantos han intentado liberarla, ninguno ha regresado. Mas lo hecho hecho está. La palabra dada es ley. Ve e intenta conseguir tu felicidad. Vuelve luego sano a casa.

El príncipe se despidió de su padre, montó a caballo y aprestó a buscar a su prometida. Penetró en un gran bosque y siguió siempre adelante, hasta que el camino se acabó. Mientras se encontraba entre matorrales, rocas y pantanos buscando otro camino con el caballo, sin saber hacia dónde ir, oyó una voz a sus espaldas que le gritó:

—¡Eh, esperadme!

El príncipe se volvió y vio a un hombre alto que intentaba alcanzarlo.

—Esperad y llevadme con vos. Si me tomáis a vuestro servicio, no os arrepentiréis.

—¿Quién eres? —preguntó el príncipe—. ¿Qué sabes hacer?

—Me llamo Largo y sé estirarme. ¿Veis allí arriba, en el árbol, un nido? Pues puedo cogerlo sin necesidad de trepar al árbol.

Largo empezó a estirarse. Su cuerpo se alargaba rápidamente, hasta que tuvo la misma altura que el pino. Cogió el nido y al instante empezó a encogerse. Luego entregó el nido al príncipe.

—Sabes hacer buen uso de tus habilidades, pero ¿a mí para qué me sirve este nido, si no eres capaz de sacarme de este bosque?

—Salir de aquí es muy fácil —dijo Largo estirándose hasta alcanzar tres veces la altura del pino más alto del bosque. Miró alrededor y dijo—. En aquella dirección la linde del bosque está más cerca.

Volvió a encogerse, tomó el caballo por la brida y se puso en camino. Antes de que el príncipe se diera cuenta, ya habían salido del bosque. Ante ellos se extendía una llanura inmensa, al final de la cual se alzaban rocas grises y altas, como si fuesen muros de una ciudad, y montañas cubiertas de bosques.

—Allí va mi amigo, señor —dijo Largo señalando a la llanura—. También a él deberíais tomar a vuestro cargo, pues os servirá bien.

—Llámalo para que pueda ver qué sabe hacer.

—Señor, está un poco lejos —dijo Largo—, seguramente no me oirá y tardaría bastante en llegar hasta aquí, porque va muy cargado. Será mejor que os lo traiga yo.

Largo volvió a estirarse, tan alto que la cabeza se le perdió entre las nubes. Luego dio dos o tres pasos,

alcanzó al amigo y lo trajo ante el príncipe. Era un hombre regordete, con una barriga del tamaño de un tonel.

—¿Quién eres tú? —preguntó el príncipe—. ¿Y qué sabes hacer?

—Señor, me llamo Ancho y sé expandirme.

—Muéstramelo.

—Señor, regresad veloz al bosque —exclamó Ancho mientras comenzaba a hincharse.

El príncipe no entendía por qué tenía que alejarse, mas como vio que Largo corría hacia el bosque, espoleó al caballo para que seguir al galope los pasos del sirviente. Se fueron de allí justo a tiempo, pues de otro modo Ancho los habría aplastado, también al caballo. Su barriga se expandía en todas las direcciones, ocupaba todo el espacio, como si surgiera de repente una montaña. Después, Ancho dejó de hincharse,

